

COMUNIDADES HOSPITALARIAS

Queridos hermanos:

Frente al individualismo atroz que caracteriza nuestras sociedades occidentales, los cristianos, siguiendo la tradición bíblica y el ejemplo de Jesús de Nazaret, hemos de promover una cultura de la hospitalidad.

Debemos esforzarnos, en primer lugar, para que cada una de nuestras comunidades y parroquias sean casa que acoge, “hospital de campaña”, lugar de sanación, espacio de fraternidad. La hospitalidad, la amistad y la sanación son signos de la presencia del Reino de Dios.

Para ello, es conveniente que nuestras parroquias dispongan de estructuras de acogida, que haya grupos de personas que, de manera amable y discreta, acojan a quienes se acercan a informarse, a pedir un servicio, a demandar una caridad o simplemente a desahogarse. La manera de acoger ha de ser un signo que identifique a una comunidad cristiana. Nuestra acogida no puede ser artificiosa, como la de los agentes comerciales, ni tampoco desganada, como la de algunos funcionarios. Tiene su sello propio, que debería ser perceptible a quien se acerca a nuestras comunidades. “Hospes venit, Christus venit”, dice una máxima benedictina: cuando viene un huésped, viene Cristo. Acoger a los que vienen como al mismo Cristo disipa pesadumbres y siembra alegría. La cordialidad, la paciencia, la actitud servicial y la discreción deben impregnar nuestra acogida.

Es indispensable también la acogida por parte de los sacerdotes que, con su trato, deben facilitar que las personas que se acercan se sientan valoradas, respetadas y comprendidas. No olvidemos que un servicio de acogida muy importante es el que prestan los sacerdotes en el sacramento de la reconciliación. La confesión individual es un espacio muy adecuado para la acogida. Promover y facilitar este sacramento es una forma muy buena de practicar la acogida.

Al mismo tiempo debemos promover, junto con todos los hombres de buena voluntad, una cultura de la hospitalidad, es decir, un estilo de vida caracterizado por acoger al otro respetando las diferencias. Se trata de favorecer la construcción de una sociedad en que ni la unidad ni las diferencias cedan al afán de dominio, una cultura de la aceptación del que es diferente y que no cede ante la exclusión social, el racismo o la ley del más fuerte. No se puede construir una sociedad libre y creativa sin acoger la novedad que nos viene siempre de los otros.

Por lealtad al Evangelio, nuestras comunidades cristianas tienen que ser hogares y escuelas de hospitalidad. Dice la carta de Pedro: “Sed hospitalarios unos con otros” y añade, con gran sensatez, “sin protestar” (4, 9).